

tanto anhelamos. Nuestro destino final es Dios mismo, Señor de la Vida. Y el camino hacia Él sólo lo encontramos en Cristo. No hay otro. "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí... El que me ve a mí ve al Padre" (Jn 14,6.9).

Es innegable, este inveterado conflicto existencial que experimentamos todos, tanto a nivel individual como colectivo de incoherencia que se manifiesta en distintas clases de violencia: injusticia social, económica, legal, educacional..., que tienen su origen en la deshonestidad, la impunidad, la corrupción, la prepotencia y el cinismo políticos rampantes que vivimos en el mundo, o al menos en México y en Occidente, donde se ha desarrollado notablemente el cristianismo. Una explicación suficiente de esta realidad no puede ser única; seguramente es múltiple y muy variada. Pero desde nuestra fe cristiana una podría ser la profunda y grave incoherencia entre la fe que decimos profesar, y hasta celebrar, y tantas formas de vivirla tan incoherentemente.

Y, entonces, si continuamos en la identificación de la raíz de tal contradicción, podemos afirmar que existe, entre los que nos decimos ser creyentes, bautizados católicos, un grave desconocimiento, ya no tanto de la doctrina como de la misma persona de Cristo. Tal vez, en muchos casos vivimos nuestra fe a partir de conocer y medio cumplir doctrinas de Jesús, pero no del conocimiento de su persona. Es decir, muchas veces no ha habido un verdadero encuentro con Él de manera que fuera este encuentro el origen del conocimiento íntimo, alegre, confiado, amoroso y comprometido con su persona misteriosa de Hombre-Dios, que nos haga capaces de vivir coherentemente la fe.

Para lograr ese encuentro, desde hace ya más de cincuenta años, existe en la enseñanza del Magisterio de la Iglesia el señalamiento de la urgencia de implementar el 'catecumenado' o 'reiniciación cristiana de adultos', porque hemos sido bautizados, pero no evangelizados.

En los siguientes números de este boletín parroquial trataremos este valiosísimo 'proceso de maduración de la fe' que nos lleve a vivir a fondo el don precioso de la fe.

NÚMERO 135

26 DE MAYO DEL 2017



Kovovía

Kovovía

# ΚΟΙΝΩΝΙΑ

COMUNIÓN || SERVICIO || PARTICIPACIÓN

¡NUESTRA  
ALEGRÍA  
ES  
CRISTO!

PAPA FRANCISCO  
ANGELUS DEL 15 /12 /2013

¡ESTAMOS EN LA WEB!

[www.sanvicenteferrer.org.mx](http://www.sanvicenteferrer.org.mx)

 **Síguenos en Facebook**

/sanvicenteferrerd

# Bautizados, pero no evangelizados

Por: Pbro. José Luis Herrera Martínez

Sabiéndolo o no, aceptándolo o negándolo, nos guste o no, lo entendamos o no, lo cierto es que estamos todos sumergidos en una situación política, económica, social, cultural y religiosa tan conflictiva y confusa, con tan diversas oportunidades como con otros tantos impedimentos que no logramos asimilar ni, mucho menos, manejar adecuadamente de manera que pudiéramos dominarla, es decir, ser dueños y señores de esa situación crítica para aprovecharla a fin de utilizar todo lo bueno (que sin duda, es mucho) que nos ofrece para satisfacer el deseo íntimo y legítimo de ser felices en la concordia, el desarrollo, la paz. En efecto –y a pesar de las dificultades con las que nos enfrentamos diariamente–, lo que más anhelamos, desde lo más profundo de nuestro ser, como humanos e hijos de Dios, es la felicidad, perfecta, es decir estable, plena y eterna. Ese deseo de infinitud es innato a nuestra calidad de hijos de Dios, Padre misericordioso.

La felicidad, es una llamada de Dios porque, siendo obra de su bondadosa misericordia, nuestro destino está en Aquel de quien salimos, por el cual somos, nos movemos y existimos. La felicidad, entonces, es don de Dios y podemos afirmar, como cristianos, que se identifica con la santidad, es decir, con esa cualidad que nos caracteriza: ser imágenes vivas de Dios. Afirmar en la fe que estamos llamados a ser santos equivale a decir que nuestro destino original es ser felices, es decir, llegar a Dios, nuestro destino final.

Pero, como todo don de Dios, la felicidad, la dicha o llamada también bienaventuranza, se obtiene por una decisión, es un acto

de la voluntad, es finalmente resultado de una opción; es la condición sin la cual no es posible la pertenencia al Reino de Dios. A este Reino –si queremos y nos decidimos– podemos, ya entonces, pertenecer desde ahora, dese aquí en la tierra, en la historia que nos toca vivir si lo hacemos con la intensidad y el amor con que Dios la ha asumido mediante la encarnación de su Hijo. Entonces, visualizando, así las cosas, desde nuestra fe, somos capaces de ver nuestro paso por este mundo como una tarea que cumplimos alegre y libremente (esto es ser feliz) desde la obediencia de la fe, la esperanza y el amor.

Pero la larga experiencia religiosa judeocristiana nos enseña que, por más sentido que sea este deseo tan noble de nuestra naturaleza, no podemos alcanzar su realización con el solo recurso de nuestro deseo, de nuestros proyectos y de nuestros esfuerzos. Especialmente la fe cristiana nos hace conscientes, en primer lugar, de otra realidad tan profunda como el deseo de felicidad: nuestra inclinación al pecado que ofusca la razón, la voluntad y las actitudes más nobles propias de la dignidad de los hijos de Dios. Por el pecado, como dice san Pablo: “yo soy un hombre de apetitos desordenados y vendido al poder del pecado, y no acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... cuando quiero hacer el bien, se me interpone el mal. En mi interior me complazco en la ley de Dios, pero experimento en mí otra ley que lucha contra lo que me dicta mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mí. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Tendré que agradeceré a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor! Resumiendo: soy yo mismo quien con la mente sirvo a la ley de Dios y con mis desordenados apetitos vivo esclavo de la ley del pecado” (Rm 7,14-25).

Pocos, como san Pablo, han sabido expresar tan realista como dramáticamente el conflicto permanente en que nos movemos a lo largo de nuestra existencia: todos queremos ser felices, pero a la hora de encaminarnos hacia ella, optamos por el camino equivocado. Anhelamos la vida, pero, llevados por el influjo del pecado, nos encaminamos a la muerte. San Pablo ve claramente, a partir de su propia experiencia que sólo Jesucristo es capaz de conducirnos con verdad y certeza a conseguir la vida plena que

## Directorio

Pbro. José Luis Herrera Martínez.	Párroco.
Pbro. José de Jesús Ariaga Martínez	Vicario
Diác. Carlos Jiménez de la Cuesta Otero.	Diácono permanente.
Mtro. Santiago García Villanueva.	Administrador.
Christian Espinosa Arana.	Responsable de página web y boletín.
Ernestina Barrera Herrera	Secretaría
Mercedes Rosas Rosas	Secretaría
Andrés Hernández Quintanilla	Sacristán

Koinonía es un boletín interno de la Parroquia de San Vicente Ferrer.